

impulsarán las influencias del hogar hacia la actividad. «El que es leal en lo poco, es leal en lo mucho; y el que es pérfido en lo poco, será pérfido en lo mucho.» La benevolencia produce benevolencia, y la verdad y la confianza darán una rica cosecha de verdad y de confianza. Hay muchos actos de benevolencia triviales e insignificantes que nos enseñan más sobre el carácter de un hombre, que muchas frases vagas. Ellos son fáciles de adquirir, y sus efectos durarán mucho más que esta vida pasajera. Porque ninguna cosa buena se pierde nunca. Nada muere, ni aun la vida, que sólo pierde una forma para tomar otra. No muere ninguna acción buena, ni ningún buen ejemplo. Vivē por siempre en nuestra raza. Mientras que el cuerpo se transforma en polvo y desaparece, deja la acción un sello indeleble, y amolda hasta el pensamiento y la voluntad de generaciones venideras. El tiempo no es la medida de un noble trabajo; la generación siguiente tomará su parte de nuestro gozo. Una sencilla acción virtuosa ha elevado a toda una aldea, a toda una ciudad, a toda una nación. «El momento presente —dice Goethe—, es una deidad poderosa.» Las producciones mejores del hombre, y que le santifican, son sus pensamientos felices, los que una vez formados y llevados a la práctica extienden su influencia fertilizadora por miles de años y de generación en generación. Los mejores productos que crecen son aquellos que nacen de pequeñas semillas caídas en la tierra: y es de los dictados internos de la conciencia y de los inspirados principios del deber de donde han surgido los mejores productos. Wordsworth canta el deber en esta forma:

Stern Lawgiver! yet thou dost wear  
The Godhead's most benignant grace;  
Nor know we anything so fair  
As is the smile upon thy face;  
Flowers laugh before thee on their beds,  
And fragrance in thy footing treads;  
Thou dost preserve the stars from wrong,  
And the most ancient heavens, through Thee, are fresh and strong (1).

(1) «¡Austero legislador! no obstante, usas la más benigna gracia de la divinidad; ni tampoco conozco nada tan bello como lo es la sonrisa sobre tu faz; ante ti sonrīen las flores en sus eras, y exhalan su perfume en las huellas de tus pisadas; tú preservas del mal a las estrellas, los más antiguos cielos son nuevos y fuertes gracias a ti.»

## CAPITULO II

## EL DEBER EN ACCIÓN

Put thou thy trust in God,  
In duty's path go on;  
Fix on His Word thy steadfast eye,  
So shall thy work be done.—LUTHER (1).

Do noble things, not dream them, all day long,  
And so make life, death, and that vast forever, one grand, sweet song.  
CHARLES KINGSLEY (2).

O worker of the world! to whose young arm  
The brute earth yields, and wrong, as to a charm;  
Young seaman, soldier, student, toiler at the plough,  
Or loom, or forge, or mine, a kingly growth art thou,  
Where'er thou art, though earthy oft and coarse,  
Thou bearest with the hidden springs of force,  
Creative power, the flower, the fruitful strife,  
The germ, the potency of life.—*The Ode of Life* (3).

Todo el que haya reflexionado detenidamente acerca de su deber, pondrá inmediatamente en acción sus convicciones. Nuestros actos son las únicas cosas que se hallan en nuestro poder. No sólo forman la suma de nuestros hábitos, sino también la de nuestro carácter.

Al mismo tiempo, la carrera del deber no es siempre una carrera fácil. Han de vencerse en ella muchas contrariedades y no menos dificultades. Podremos tener sagacidad para ver, pero no la fuerza de propósito para obrar. Para el que titubea hay muchos leones en el camino. Piensa y discurre fantásticamente, y sueña, pero nada hace. «Hay poco que ver—decía un diligente trabajador—y poco que hacer; todo estriba en que hay que *hacerlo*.»

Tiene que haber no tan sólo una conquista sobre lo que agrada y las aversiones, sino lo que cuesta más de alcanzar, un triunfo sobre la adversa fama. El hombre que antes de hacer al-

(1) Pon tu confianza en Dios, sigue la senda del deber. Fija en su palabra tu mirada firme, y después cumple tu obra.—LUTERO.

(2) Ejecuta nobles acciones, no emplees el día en soñarlas, y de esa manera haz de tu vida, la muerte, y de ese inmenso por siempre, un canto grandioso y dulce.—CHARLES KINGSLEY.

(3) ¡Oh trabajadores del mundo a cuyo brazo joven cede la ineulta tierra, y el error, como ante un encanto!: joven marino, soldado, estudiante, trabajador con el arado, la fragua, en el telar o la mina, ¡constituís un regio progreso! En dondequiera que estéis, aunque a menudo toscos y bastos, lleváis con vosotros ocultos resortes de fuerza, poder creador, la flor, la fructífera lucha, el germen, la potencia de la vida.—*La Oda de la Vida*.

go justo se pregunta: «¿Qué dirán las gentes?» no es hombre capaz de hacer cosa de provecho. Pero si pregunta: «¿Es mi deber?» puede seguir adelante dentro de su armadura moral y estar dispuesto a incurrir en la censura de los hombres y hasta arrostrar su ridículo. «Tengamos fe en las acciones puras—dice Mr. de la Cretelle—, y guardemos la duda y la incredulidad para las malas. Vale más ser engañado, que desconfiar.»

El deber se aprende ante todo en el hogar doméstico. El niño viene al mundo desvalido y dependiendo de otros para su salud, su alimento y su desarrollo moral y físico. Al fin recoge ideas el niño; bajo influencias convenientes aprende a obedecer a dominarse, a ser benévolo para con los demás, a ser respetuoso y feliz. Tiene voluntad propia; pero el que ésta sea dirigida bien o mal, depende en mucho de las influencias de sus padres.

El hábito de querer se llama designio, y, por lo que se ha dicho, huelga encarecer la importancia de formar un justo designio en temprana edad. «El carácter—dice Novalis—es una voluntad completamente formada»; y una vez formada la voluntad, puede ser firme y constante durante toda la vida. Cuando el hombre justo e inclinado a lo bueno mantiene su propósito atribuye poco valor a las recompensas o alabanzas del hombre; su mejor recompensa es su propia conciencia que aprueba, y el bienestar que le aguarda más adelante.

La voluntad, examinada sin tener en cuenta la dirección es sencillamente constancia, firmeza, perseverancia. Pero huelga decir, que a menos de ser recta la dirección del carácter, la voluntad fuerte sólo será un poder para el mal. En los grandes tiranos es un demonio; con poder para manejar, no conoce límites ni freno. Mantiene millones sujetos a él, inflama sus pasiones, los excita hacia la furia militar, y jamás está satisfecha sino cuando vence, destruye o tiraniza. La ilimitada voluntad produce un Alejandro o un Napoleón. Alejandro lloró porque ya no había más reinos que conquistar; y Bonaparte, luego de recorrer la Europa, gastó sus fuerzas en medio de las nieves de Rusia. «La conquista me ha hecho—dijo—, y la conquista tiene que sostenerme.» Mas era un hombre sin principios morales, y la Europa le echó a un lado cuando hubo concluido su obra de destrucción.

La voluntad firme, unida a propósitos justos, está tan llena de bienes como la otra lo está de daños. El hombre influido de este modo, impele e inflama el espíritu y la conciencia de los demás. Los inclina a su manera de ver el deber, los arrastra consigo en sus esfuerzos para proteger propósitos dignos, y dirige la opinión para la supresión del error y la implantación de lo justo. El hombre de voluntad firme imprimirá poder a sus

actos. La perseverancia enérgica se hace habitual. Da fuerza a la compañía en que está, y a la sociedad en que vive, y hasta a la nación en que ha nacido. Es un motivo de animación para los tímidos y un reproche perpetuo para los holgazanes. Pone en movimiento a los primeros dándoles esperanzas. Hasta puede inspirar a los últimos para que realicen buenas acciones debidas a la influencia de su ejemplo. Tennyson da en el blanco con las siguientes palabras:

Oliving Will, that shalt endure  
When all that seems shall suffer shock,  
Rise in the spiritual rock,  
Flow through our deeds and make them pure;  
That we may lift from out of dust,  
A voice as unto him that hears,  
A cry above the conquered years,  
To one that with us works, and trust,  
With faith that comes of self-control,  
The truths that never can be proved,  
Until we close with all we loved.  
And all we flow from, soul in soul (1).

Además de los hombres de voluntad firme y mala, y los de firme y buena voluntad, existe un número mucho mayor que tienen una voluntad débil, o que carecen en absoluto de voluntad. Carecen de carácter. No tienen ninguna voluntad firme para el vicio, pero tampoco la tienen para la virtud. Son los recipientes pasivos de las impresiones, las cuales, no obstante, no se mantienen en ellos. Parece que no andan para adelantar, ni para retroceder. Según sopla el viento, así gira su veleta; y cuando el viento sopla de otra dirección, vuelve a girar. Cualquier instrumento puede escribir sobre semejantes espíritus; cualquier voluntad puede gobernarlos. Ninguna verdad es apreciada profundamente por ellos, y no saben lo que es celo. Esas personas constituyen la masa de la sociedad en todas partes: los omisos, los pasivos, los sumisos, los débiles y los indiferentes.

En consecuencia, es de la mayor importancia que la atención sea dirigida hacia el mejoramiento y fortaleza de la voluntad; porque sin esto no puede existir ni independencia, ni firmeza, ni individualidad de carácter. Sin ella no podemos dar a la verdad su fuerza idónea, ni a la moral su dirección conveniente, ni librarnos de ser instrumento en manos de hombres indignos e insidiosos. El cultivo intelectual no producirá la decisión en el carácter. Los filósofos discuten, los hombres resuel-

(1) «Oh voluntad enérgica y potente, que continuarás cuando todo lo que aparece haya sufrido desazón; levántate en la roca espiritual, corre a través de nuestras acciones, y haz que sean puras, para que podamos levantar fuera del polvo, una voz para el que nos escucha, un pregón más alto que los años conquistados, para aquel que con nosotros trabaja y confía, con fe nacida del dominio de sí mismo, en las verdades, que nunca pueden ser probadas, hasta que terminemos con todo lo que amábamos, y todo aquello de que procedíamos, alma en el alma!»

tos obran. «Dejar de resolver—dice Bacon—, es resolver»; esto es, no hacer cosa alguna.

«El verdadero momento para educar a la voluntad debidamente—dice Locke—, es la juventud. Hay una época en que nuestra mente puede ensancharse, cuando puede adquirir una gran cantidad de verdades útiles; cuando nuestras pasiones se someten fácilmente al gobierno de la razón; cuando los principios verdaderos pueden fijarse de tal modo en nosotros que influirán sobre toda acción importante en nuestra vida ulterior. Pero la época para esto ni se extiende al todo ni a ninguna parte de la ración de tiempo considerable de nuestra permanencia en la tierra. Se halla limitada a unos pocos años de nuestra existencia, y si en toda ella la descuidamos, se vincula en nosotros el error o la ignorancia, conforme al curso ordinario de las cosas. Nuestra voluntad se convierte en nuestra ley; y nuestra incontinencia adquiere una fuerza a la cual nos oponemos después inútilmente.»

El primer lord Shaftesbury, hablando con Locke, expuso una teoría sobre el carácter y la conducta, que arrojaba luz sobre el mismo. Dijo que la sabiduría estaba en el corazón y no en la cabeza, y que no era la ignorancia sino la petulancia de la voluntad lo que llenaba las acciones de los hombres de locura y su vida de desorden. El saber por sí solo no da vigor al carácter. Un hombre puede razonar demasiado. Puede pesar las mil probabilidades de ambos lados, y no llegar a ningún hecho, a ninguna decisión. El saber es de esa manera una resistencia para la acción. La voluntad debe obrar a la luz del espíritu y del entendimiento, y entonces surge el alma a una vida completa y a la acción.

Verdaderamente, el estudio de las letras, palabras y sentencias no tienen la importancia que algunos le suponen. El saber poco tiene que ver con la benevolencia y la felicidad. Puede destruir indudablemente a la humanidad y dar lugar al orgullo. Los principales móviles de los hombres han sido poco favorables a la literatura. Los hombres de letras han alcanzado a menudo la grandeza del pensamiento que influye sobre los hombres en todas las épocas, pero rara vez han alcanzado la grandeza moral de la acción.

Los hombres no pueden ser elevados en masa, como lo fueron las montañas en los primeros tiempos geológicos del mundo. Tienen que ser manejados como unidades; porque solamente puede ser asegurada eficazmente la elevación de las masas mediante la elevación individual. Los preceptores y los predicadores podrán influir en ellos desde afuera, pero la acción principal procede de adentro. Los hombres individualmente deben

esforzarse por sí mismos y ayudarse a sí mismos, porque de otra manera nunca podrán ser ayudados por otros eficazmente. Dice el doctor Butler: «Así como los hábitos que pertenecen al cuerpo son originados por actos externos, de igual modo, los hábitos del espíritu son producidos por los esfuerzos de propósitos prácticos e internos, llevándolos a la acción u obrando sobre ellos los principios de obediencia, de sinceridad, de justicia y de caridad.»

Hablando de Butler, dice el señor Stephen en su obra reciente, que: «su actitud solamente imprime el lado moral; pero que por ese lado es innegable su grandeza. En la *Analogía*, tan distintamente como en los *Sermones*, la prédica de Butler es la deificación de la conciencia en el principio, en el medio y al final. El deber es su última palabra. Sean cuales fueren las dudas que le asaltan, se adhiere a la firme convicción de que el secreto del Universo está revelado, hasta donde ha sido revelado, por medio de la moral.»

Existe poca o ninguna relación entre la enseñanza de la escuela y la moral. El simple cultivo de la inteligencia difícilmente tiene influencia sobre la conducta. Los credos aprendidos de memoria no han de extirpar las malas inclinaciones. La inteligencia es solamente un instrumento movido y trabajado por fuerzas que están detrás: por las emociones, la sujeción propia, el dominio de sí mismo, por la imaginación, por el entusiasmo, por todo aquello que da fuerza y vigor al carácter. La mayor parte de estos principios se adquieren en el hogar doméstico y no en la escuela. Donde el hogar es miserable, indigno y sus principios sólidos — lugar del cual conviene más huir que visitarlo—, la escuela es entonces el único punto para aprender la obediencia y la disciplina. El hogar doméstico es, asimismo, el verdadero suelo en que crece la virtud. Los acontecimientos de la casa obran más inmediatos y nos afectan más que los de la escuela y de la universidad. En el estudio doméstico es en donde deben examinarse el verdadero carácter y las esperanzas.

Enseñar a sus familias es la ocupación de los ancianos; obedecer a sus padres y crecer en la discreción, es la ocupación que corresponde a la juventud. La educación es una tarea de autoridad y de respeto. El cristianismo, según Guizot, es la escuela más grande del respeto que nunca haya conocido el mundo. Sólo la instrucción religiosa comunica al espíritu de la abnegación, las grandes virtudes y los pensamientos elevados. Penetra hasta la conciencia, y hace la vida soportable sin una murmuración contra el misterio de las condiciones humanas.

«El gran objeto de la educación — ha dicho un gran escri-

tor—, es la libertad, y cuanto más pronto podáis hacer que el niño sea una ley para sí mismo, tanto más pronto habréis hecho de él un hombre.» «Respetaré la libertad humana en el más pequeño niño—dijo monseñor Dupanloup—, aun con mayor escrupulosidad que en un hombre formado; porque es el último la podrá defender contra mí, mientras que el niño lo puede hacer. Jamás insultaré al niño al extremo de juzgarlo como material para ser arrojado en un molde, y que surja con una imagen que mi voluntad le haya dado.»

La autoridad paterna y la independencia de la familia constituyen un dominio sagrado; y si se ven oscurecidas momentáneamente en tiempos turbulentos, el sentimiento cristiano protesta y resiste hasta que recobra su autoridad. Pero la libertad no es lo único por lo cual se deba combatir; la sujeción propia y el dominio de sí mismo son las condiciones a que principalmente debe aspirarse. Lo último es el fin principal de la educación. No se inculca el saber por la enseñanza, sino por el ejemplo. «La primera instrucción para la juventud—dice Bonald— consiste en el hábito y no en el razonamiento, e los ejemplos mejor que en las lecciones directas. El ejemplo predica mejor que el precepto, y eso también, porque es mucho más difícil y porque las mejores influencias crecen lentas y en proporción gradual con las necesidades humanas.»

Así, pues, conducirse rectamente, es la válvula de seguridad de nuestra naturaleza. La buena voluntad no basta; no produce siempre buenos actos. La acción perseverante hace lo de más. Lo hecho con diligencia y trabajo comunica al espectador una fuerza tranquila, de la que no podemos decir hasta dónde pueda llegar. El reverendo canónigo Liddon, en su conferencia a los jóvenes en la catedral de San Pablo, hizo una elegante alusión al trabajo, presentándolo como el verdadero propósito de la vida. «La vida del hombre—dijo—está compuesta de acción y de sufrimiento, y la vida es fructífera en proporción a lo que haya sido empleada en noble acción o en perseverancia paciente. Mas los que trabajan físicamente no son los únicos verdaderos trabajadores. Las vidas de pensamiento no están fuera de esta división, porque el verdadero juicio es acción insostenible... Vivir entregado a la indolencia, en un estado de letargo moral, es degradante, porque la vida es ennoblecida por el trabajo.»

El trabajo noble es el verdadero instructor. La ociosidad desmoraliza por completo el cuerpo, el alma y la conciencia. Las nueve décimas partes de los vicios y miserias del mundo provienen de la ociosidad. Sin el trabajo no puede existir progreso activo en el bienestar humano. No puede concebirse una mi-

eria más insoportable que la que tiene que resultar de privilegios incommunicables. Imaginaos un hombre ocioso condenado a una eterna juventud, mientras que todo se destruye y muere a su alrededor. ¡Cuán sinceramente llamaría a la muerte para que le libertara! «El ser viviente más débil—dice Carlyle—, por el hecho de concentrar sus facultades sobre un solo objeto, puede realizar algo; en tanto que el más fuerte, al dispensar las suyas sobre muchos, puede muy bien no efectuar cosa alguna.»

¿Tenéis que luchar con dificultad? Si es así, trabajad a través de ellas. Ningún exorcismo encanta como el trabajo. La ociosidad del espíritu y del cuerpo se parece al moho. Gasta más que el trabajo. «Mejor quiero que me gaste el trabajo y no el moho», ha dicho un noble obrero. Schiller dijo que hallaba que la mayor felicidad en la vida consistía en el cumplimiento de algún deber mecánico. Creía asimismo que «el sentimiento de la belleza, jamás promovía el cumplimiento de un solo deber». El más elevado modo de ser, es aquel que deja de ver en la resolución y de sentir en el trabajo.

Las mayores dificultades suelen estar en ocasiones donde no las esperamos. Cuando ocurren dolorosos acontecimientos, quizá no son enviados únicamente para experimentarnos poniéndonos a prueba. Si permanecemos serenos en nuestra hora de prueba, la firmeza comunicará esa serenidad a nuestro espíritu, que siempre siente satisfacción en obrar conforme al deber. Los combates de la grosería y falta de cultura—dice Norman Macleod— son luchas dolorosas de la vida diaria. Sus gigantes son nuestros gigantes, sus pesares nuestros pesares, sus derrotas y sus victorias son también nuestras. Así como tienen honores, derrotas y victorias, también así los tenemos nosotros.»

La escuela de las calamidades es la mejor escuela de la disciplina moral. Como se tiene que luchar contra los obstáculos, debe acometérseles de frente con valor y alegría. ¿No ha dicho Aristóteles que la felicidad no existe tanto en nuestros propósitos como en nuestras resoluciones? Luchar con las dificultades es el medio más seguro de triunfar de ellas. La determinación de realizar un propósito es ya en sí un principio de convicción moral de que podemos y queremos realizarlo. Nuestro ingenio se aguza por la necesidad, y el individuo avanza para salir al encuentro y vencer a todas las dificultades que se hallan en su camino.

La relación de los hombres que han perdido sus oportunidades, formarían un volumen doloroso, pero muy útil para la instrucción del mundo. «Ningún hombre que tenga buena salud—

dice Ebenezer Eliot—puede ser abandonado, si es leal consigo mismo. En provecho de los jóvenes desearía que tuviéramos una cuenta exacta del número de personas que no tienen éxito, mil que contienden resueltamente por obrar bien. No creo que excediese de uno por ciento.» Los hombres murmuran del éxito pero solamente es el último término de lo que parecía una serie de fracasos. Al principio fallaron, y después de una y otra vez pero al fin desaparecieron las dificultades, y se logró el éxito.

El deseo de poseer, sin ser embarazado con las molestias de adquirir, es un signo inequívoco de debilidad y de holgazanería. Todo lo que es digno de gozarse o de poseerse, sólo puede conseguirse por el placer del trabajo. Este es el gran secreto de la fuerza práctica. «Puede preferirse evidentemente la laboriosidad a la holgazanería, el ejercicio saludable de todas las facultades propias, más bien que permitir que permanezcan sin aplicación en un letargo estúpido. Al fin hallaremos probablemente que el ejercicio de las facultades ha sido por sí mismo la fuente de una felicidad más verdadera que el haber seguido el logro efectivo de aquello que el trabajo estaba encargado de obtener.»

Se ha dicho de un gran juez, que nunca desperdició una oportunidad legítima, pero que nunca condescendió a aprovechar ninguna que fuera contraria a la ley. Lo que tenía que hacer en cualquier época de su carrera, lo hizo con todo su corazón y toda su alma. Si algo malo pudiera resultar de sus tareas, era evidente que no podría afectarle el cargo de su conciencia, puesto que había hecho lo mejor que él había podido.

Debemos trabajar, confiando en que, alguna buena semilla de la que arrojamos al suelo, echará raíces y brotará en acciones benéficas. Lo que el hombre principia para sí mismo lo acaba Dios para los demás. A la verdad, nada podemos completar nosotros. Otros principian donde nosotros cesamos, y llevan nuestra obra a un grado más inmediato de la perfección. Tenemos que legar a los que vienen después de nosotros un designio digno de imitación. Haber obrado bien, obrar bien en lo presente, y continuar obrando bien en lo futuro, son condiciones inseparables que llegan a través de todos los siglos de la eternidad.

Muy pocas personas pueden realizar la idea de que en el mundo no son de utilidad ninguna. El hecho de su existencia implica la necesidad de que existan. El mundo está ante ellas. Pueden elegir entre el bien y el mal; entre la utilidad y la ociosidad. ¿Qué han hecho de su tiempo y de sus recursos? ¿Han demostrado al mundo que su existencia ha sido de una utilidad cualquiera? ¿Con el ejemplo de su vida han hecho a alguno mejor? ¿Ha sido su carrera un mero asunto de ociosidad y egotismo, de holgazanería y de indiferencia? ¿Han estado buscando

satisfacción? La satisfacción es enemiga de la ociosidad. La felicidad está fuera del alcance de la holgazanería. El placer y la felicidad son los frutos del trabajo, y el trabajo jamás lo es el abandono y de la indiferencia.

Un joven desgraciado, que sentía que su vida no era de utilidad alguna en este mundo, resolvió públicamente ponerle fin. El hecho aconteció en Capron, Illinois, Estados Unidos. Este hombre se había limitado a cultivar su inteligencia. No tenía idea alguna del deber, de la virtud o de la religión. Siendo materialista no tenía ningún estado venidero. Dijo en público que iba a dar una conferencia y en seguida a saltarse el cerebro de un balazo. La entrada en la conferencia y final de *sensación* era de un dólar por cabeza. La suma que se realizara sería usada en parte para los gastos de su entierro, y el resto aplicado para comprar las obras de tres materialistas de Londres, que serían llevadas a la biblioteca del pueblo. La sala estaba llena de gente. Se realizó una buena suma de dinero. Después que hubo terminado su conferencia, sacó su *Derringer* y se voló la tapa de los sesos, conforme había prometido. ¿Qué conclusión de una vida terrestre, lanzarse con enrojadas manos a la presencia de su Dios! El hecho ocurrió en agosto de 1868.

Esta acción horrible fué quizá resultado de la vanidad, o tal vez para producir *sensación*. Su nombre saldría en los periódicos. Todos aclamarían su valor. Pero más bien que valor era cobardía. Debe haber sido vanidad contrariada. Shéridan dijo en cierta ocasión: «Se habla de la avaricia, de la continencia y de la ambición, como de grandes pasiones. Es un error, pues son pasiones pequeñas. La vanidad es la gran pasión que predomina sobre todo. Esta estimula las más heroicas acciones, e impele a realizar los mayores crímenes. Salvadme de esta pasión y puedo desafiar a las demás. Son meros muchachos, pilluelos, pero ésta es un coloso.»

Hace falta una voluntad resuelta no solamente para el cumplimiento de los derechos difíciles, sino para llevar a cabo, prontamente, con energía y tranquilidad de ánimo, los mil asuntos penosos que casi todo el mundo encuentra en su camino. De ahí que en el cumplimiento del deber sea tan necesario el valor como la integridad. Podrá aparecer pequeña la fuerza que se necesita para llevar a cabo alegremente cualquiera de estas cosas por separado, pero es uno de los últimos logros del espíritu humano poder acometer cara a cara y uno por uno el atestado conjunto, sin que jamás sea uno sorprendido, o rebase el límite de la moderación.

Cada generación tiene que soportar su carga, superar sus contingencias peculiares, y atravesar por diversas pruebas. Es-

tamos expuestos diariamente a las tentaciones, ya sean por la ociosidad, los placeres o el vicio. El sentimiento del deber y el poder del valor deben resistir a estas cosas a costa de cualquier sacrificio de intereses mundanos. De ese modo, cuando la virtud se ha hecho un hábito de todos los días, nos hallamos en posesión de un carácter individual, preparados para llenar, en gran parte, los fines para que hemos sido creados.

¡Cuánto se pierde para el mundo por falta de un poco de valor! Tenemos la voluntad de hacer, pero no lo hacemos. El estado del mundo es tal, y tanto depende de la actividad, que todo parece decir en alta voz a los hombres: «Haced algo; hacedlo; hacedlo!» El pobre cura de aldea, combatiendo contra el mal en su parroquia, contra las acciones malvadas, la injusticia y la iniquidad, tiene ideas más nobles sobre el deber que las que nunca tuvo Alejandro el Grande. Algunos hombres no son más que meras apoloías como trabajadores, hasta cuando pretenden estar de pie y en ello. Están temblando a la orilla y no tienen valor para introducirse en el agua. Cada día envía al sepulcro un número de hombres oscuros que, si hubieran tenido el valor de principiar, habrían, con toda probabilidad, avanzado largo trecho en el camino del cumplimiento del deber.

El profesor Wilson, de Edimburgo, cuando enseñaba a sus discípulos, antepuso constantemente el sentimiento del deber; aún más, el deber en acción. Sus disertaciones influyeron profundamente en el carácter de aquellos que le oían. Les enviaba a luchar al combate de la vida valerosamente; como el antiguo héroe dinamarqués: «Atreverse noblemente, querer con energía y jamás desfallecer en el sendero del deber.» Tal era su credo (1).

En el mundo existe mucho acomodamiento, que en su mayor parte originase de la falta de valor. Cuando Lutero dijo a Erasmo: «Queréis caminar sobre huevos sin mancharos, y entre vidrios sin quebrarlos», le contestó el tímido y vacilante Erasmo: «No quiero ser inconsciente a la causa de Jesucristo, por lo menos hasta donde me lo permita la edad.» Lutero era de un carácter muy distinto. «Iré a Worms aunque estuvieran complotados contra mí más diablos que tejas hay sobre los techos de las casas.» O como San Pablo: «Estoy dispuesto, no sólo para ir, sino para morir en Jerusalén.»

Dijo sir Alejandro Barnes: «Uno de los rasgos de mi carácter es la formalidad completa. No soy descuidado en nada de lo

(1) Cuando estaba solicitando los votos de los miembros del Concejo municipal de Edimburgo, le dijo uno de ellos: «Quisiera darle mi voto, señor Wilson, pero abrigo un temor. Dicen que usted no espera salvarse por la gracia.» «Sobre este particular no se mucho, señor regidor, pero si no me salva la gracia, estoy seguro que me salvarán mis obras.» «Eso basta, eso basta: voy a darle mi voto.»

que emprendo. En verdad, si emprendo algo, no puedo hacerlo de una manera indiferente.» Esto es lo que constituye la diferencia entre un hombre fuerte y uno débil. Los hombres valientes son muertos algunas veces, los charlatanes quedan detrás, y los cobardes huyen. Los hechos muestran lo que somos, las palabras aquello que debíamos ser. Cada instante de una vida laboriosa puede ser un triunfo decisivo.

Dicen los pesimistas que el trabajo o la necesidad de trabajar es el enemigo del hombre. De otra parte dice Caro: «Un instinto irresistible impulsa al hombre hacia la acción, y por medio de la acción hacia algún imprevisto placer, o felicidad esperada o deber impuesto. Este instinto irresistible es nada menos que el instinto mismo de la vida, que la explica y la resume. En el mismo momento que desarrolla en nosotros el sentimiento de existir, mide el verdadero valor de ser... Existen los goces puros, que están en un esfuerzo sostenido e incesante frente a los obstáculos opuestos al fin triunfante; de una energía primeramente dueña de sí misma y después de la vida, ya sea conteniendo las malas voluntades de los hombres o las resistencias del arte, del trabajo; en pocas palabras, el verdadero amigo consolador del hombre, que se eleva sobre todas sus debilidades, le purifica y le ennoblece, le libra de la tentación vulgar y le ayuda a llevar su carga a través de los días de tristeza, y ante el cual ceden por un tiempo hasta las más intensas pesadumbres. En realidad, cuando ha dominado el primer enfado y aversión que ha podido inspirar, el trabajo mismo, aparte de todos sus resultados, es uno de los más vivos placeres.» Tratarlo como lo hacen los pesimistas, es decir, como a un enemigo, es juzgar erróneamente la misma idea del placer. Ora sea el trabajador que vea adelantar su obra bajo sus manos, en su pensamiento, que se identifica con él, como dijo Aristóteles (*Ética* 4, 7); bien sea el labrador con su cosecha, o el arquitecto con su casa, o el escultor con su estatua; ya sea un poema o un libro, no importa cuál.

«El placer de crear recompensa con usura las fatigas del trabajo; y, así como la labor consciente contra los obstáculos exteriores es la primera alegría de la vida que despierta, así también la obra realizada es el más intenso de los placeres, haciendo nacer ampliamente en nosotros el sentimiento de la individualidad y consagrando nuestra victoria sobre la Naturaleza, aunque sea parcial y momentánea. Tal es el verdadero carácter del esfuerzo o de la voluntad en acción» (1).

Un hombre es un milagro de genio porque ha sido un mila-

(1) *Le Pesimisme au XIX<sup>e</sup> siècle*, por E. Caro. París, 1877.

gro de labor. La fortaleza puede triunfar de las circunstancias. El principio de la acción es demasiado poderoso para que lo resista cualquier clase de circunstancias. Allana el camino, y se eleva a sí mismo sobre todo objeto, sobre la fortuna y la desgracia, sobre el bien y el mal. El efecto de los goces que disfrutamos en este mundo, debe ser solamente fortalecernos para algunos trabajos mayores que deben seguir. La sabiduría del hombre aparece en sus actos, porque todo hombre es hijo de sus obras. Dice Richter que «las buenas acciones despiertan un puro eco en el cielo como el tañido de una campana».

El contacto activo y simpático con los hombres en los que haceres de la vida diaria es una preparación mejor para la acción sana y robusta, que cualquier cantidad de reflexión y aislamiento. Lo que dijo Swedenborg respecto del voto de pobreza y el retiro del mundo para poder vivir más con el Cielo parece razonable y verídico. «La vida que conduce al Cielo—dijo—, no es una vida de retiro del mundo, sino de acción en el mundo. Una vida de caridad, que consiste en obrar sinceramente equitativamente en todo goce y trabajo, obedeciendo la ley divina, no es difícil; pero una vida de devoción solamente, es difícil, y aleja del Cielo tanto como se cree comúnmente que conduce a él.»

Para muchas personas la religión no es otra cosa que un asunto de palabras. Por lo que hace a las palabras hacemos lo que creemos justo. Pero las palabras rara vez conducen a la acción, al pensamiento y a la conducta, o a la pureza de benevolencia y la honradez. Hay demasiada ostentación de religión, poco trabajo duro y entusiasta. Hay muchísima lectura sobre religión, pero la verdadera religión, que ha penetrado en el carácter y en la acción humana, instruye más que mil volúmenes de doctrina. Si el hombre no posee una voluntad latente y fuerte que abra el camino hacia lo bueno, será juguete de deseos sensuales o pasará una vida de vergonzosa indolencia.

Uno de los mayores peligros que en la actualidad rodea a la juventud de Inglaterra es la holgazanería. Lo que se llama *cultura* tiene poco valor. Puede ser acompañada por el más vil carácter moral, el servilismo abyecto para con aquellos que ocupan elevadas posiciones, y altivez para con los pobres o para con aquellos que ocupan modestos puestos. La juventud desatinada y ociosa nada venera, en nada espera, no, ni siquiera en el triunfo final de lo bueno de los corazones humanos. Hay muchos como Mr. Tootses en el mundo que dicen: *Poco importa. No es con lo que valga la pena.* No todo es lo mismo, ni lo será dentro de cien años. La vida de cada hombre resume toda la vida de la sociedad. Cada hombre tiene que cumplir un deber especial

que hacer su labor especial. Si no la hace, sufre él mismo, y otros sufren por su causa. Su holgazanería inculca a otros y propaga un mal ejemplo. Una vida inútil no es más que una muerte mundana.

Entre los jóvenes hay una murmuración excesiva. En vez de ponerse a trabajar sobre el asunto en que sueñan, se limitan a lanzar expresiones quejumbrosas que no conducen a ningún hecho. Este defecto fué observado por el doctor Channing, quien se lamentaba de que tantos de nuestros jóvenes se desarrollaran en la escuela de la desesperación. ¿Vale la pena de vivir? Ciertamente que no, si la vida se ha de gastar en la ociosidad. Hasta la lectura es considerada a veces como una disipación mental. Sólo es una apatía cultivada. De ahí que halléis tantos jóvenes murmuradores, indiferentes, hastiados, con su espíritu bruñido en una especie de agudeza y habilidad, intelectuales, lanzando sarcasmos sobre los actos de los demás, mas sin hacer ellos mismos cosa alguna de valor. Se mofan de la circunspección del carácter. De estos vagos de la inteligencia se ha posesionado una deplorable indiferencia. Sus almas, si es que tienen conciencia de que poseen una, son arrojadas de aquí para allá por cualquier viento que pasa. Comprender sin creer. Los pensamientos que reciben esos espíritus no engendran acciones. No tienen ni principios ni convicciones. Los principios religiosos son ignorados. Su credo es nada, del cual nada sale; ninguna aspiración hacia una vida más elevada, ningún anhelo por ideas nobles o por un carácter más noble todavía.

No obstante, tenemos bastante inteligencia, pero ninguna fe; bastante saber, pero ninguna sabiduría; bastante *cultura*, pero ningún cariño. Una nación puede poseer dotes de elegancia y delicadeza, y no poseer nada más. El saber y la sabiduría, lejos de ser la misma cosa, en ocasiones no suelen tener conexión entre sí. Puede ponerse en duda que la erudición tienda a promover la sabiduría y la bondad. Dice Fenelón que vale más ser un libro viviente que amar los buenos libros. Una lectura varia puede agrandar, pero no alimenta al espíritu. San Agustín dijo «que Dios obra frecuentemente más por medio de la vida de los iliteratos que buscan las cosas que son de Dios, que por medio de las aptitudes de los sabios que buscan las cosas que le pertenecen».

He aquí el retrato que ha trazado de sus contemporáneos un gran escritor francés: «¿Qué es lo que veis por todos lados sino una profunda indiferencia para con las creencias y los deberes, con un anhelo por los goces y el oro, que puede procuraros todo lo que deseáis? ¡Todo puede ser comprado, la conciencia, el honor, la religión, las opiniones, las dignidades, el poder, la consi-

deración, y aun el respeto mismo: inmensos naufragios de todas las verdades y de todas las virtudes! Todas las teorías filosóficas, todas las doctrinas de la impiedad se han disueltos por sí mismas y desaparecido en el sistema devorador de la indiferencia, sepulcro actual del entendimiento, en el que descien solo, desnudo, igualmente desprovisto de la verdad y del error un sepulcro vacío, donde ni siquiera huesos pueden hallarse.

No obstante, hemos de ser redimidos por la cultura. Esta es una palabra nueva (1), de origen alemán. Muchos veneran la cultura. Es su única religión. Es el cinismo y el escepticismo intelectual, con un barniz de refinamiento. Las personas que rinden culto viven en una atmósfera de superioridad exquisita como la representa Molière en *Les Precieuses Ridicules*. *Nihil admirari* es su lema. Se burlan de las anticuadas virtudes de la modestia y abnegación, energía y ayuda propia. El suyo no es más que un mero credo de negaciones desconsoladoras, en el cual nada hay que admirar, nada que pueda infundir esperanza. Son escépticos en todo, no hacen ellos mismos obra alguna, desconocen el trabajo de los demás. En nada creen, excepto en sí mismos. Son sus propios ídolos.

Goethe fué inventor del *Geist* o cultura. Pero los poemas de Goethe no producen acciones como lo hacen los de Schiller. Las obras de Goethe son estériles. Era un hombre que explotaba el amor de las mujeres, mujeres que se había apegado con su poder de fascinación. «Cuando no tenía ninguna mujer en el corazón—dice su último biógrafo—, se hallaba como un cirujano de secador a quien le falta un cadáver para la disección.» Decía de Balzac, que cada una de sus mejores novelas parecía desenterrada del corazón de alguna mujer que sufría. Balzac pudo perfectamente haberle devuelto el cumplido. Con referencia a sus primeros gustos por la historia natural, dice Goethe: «Recuerdo que cuando niño arrancaba en pedazos las flores para ver cómo se hallaban metidos los pétalos en el cáliz, o hasta desplumaba los pájaros para observar cómo estaban metidas las plumas en las alas.» Bettina observó a lord Houghton que Goethe trataba a las mujeres casi de igual manera. Todos sus amores, elevados o bajos, estaban sujetos a esta especie de vivisección. Su poder de fascinación era extraordinario, y si para objetivos artísticos quería desarrollar una emoción fuerte, ahora

(1) Recientemente ha aparecido otra palabra curiosa, la de *flisteo*. Dice Leslie Stephen que es un vocablo injurioso dado por los pisaverdes al resto de los de su especie. Schopenhauer da otra definición. «Un flisteo—dice—no tiene necesidades espirituales y, como consecuencia, no puede tener placeres espirituales, porque es muy verdadero adagio: *Il n'est de vrais plaisirs qu'avec de vrais besoins*, no anhelando ni ciencia, ni conocimiento profundo por su propio bien. Ningún goce artístico puede animar su existencia. Sus placeres son sensuales. El objeto de su vida es aumentar el número de sus comodidades físicas.»

daba la pasión sin escrúpulos ni remordimientos, como aquel pintor que hacía la pintura de Cristo en la cruz, que para producir la expresión requerida de la agonía física en el modelo, le clavó una lanza en el costado. La facultad para hacer minuciosas observaciones en tales circunstancias, implica una serenidad intensa, y podemos imaginarnos a Goethe, cual el héroe en *l'Homme Blessé*, anotando con el dedo sobre el pulso, cuando se había llegado al grado de excitación requerida, y cuidando esmeradamente de que no pasara a calor febril... Goethe nos dice con franqueza que sacaba provecho de todo lo que eran aventuras o asuntos de amor, que consideraba todo lo que le sucedía con sus relaciones femeninas, desde el punto de vista estético, y que había hallado que el paliativo más instructivo para una desventura o un contratiempo, era escribir sobre ello (1).

¡Oh necio orgullo de la mera facultad intelectual! ¡cuán indigno, cuán despreciable eres al ser comparado con los tesoros del corazón! ¿Qué es el entendimiento de la capacidad árida y fría del talento y del cuerpo? Tan sólo un esqueleto de opiniones, unos cuantos huesos secos atados juntos, si no hay un alma que agregue humedad y vida, substancia y realidad, verdad y alegría. Todos recordarán el dicho modesto de Newton, quizá el más grande hombre que ha existido— inventor del cálculo diferencial, de la teoría de la gravitación universal y de la descomposición de la luz—, que se sentía a sí mismo como un niño que jugaba a orillas del mar, en tanto que el inmenso océano de la verdad estaba ante él inexplorado. ¿Tenemos algunos filósofos que ahora hagan de buen grado confesión semejante?

«Hay verdades—dice el Conde de Maistre—que el hombre sólo puede alcanzar con el espíritu de su corazón. Un hombre bueno queda sorprendido algunas veces, al hallar personas de grandes aptitudes que resisten a pruebas que a él le parecen claras. Estas personas son deficientes en cierta facultad; esto es, la verdadera inteligencia. Cuando el hombre más perspicaz carece del sentimiento de la religión, no solamente no le podemos catequizar, pero ni siquiera tenemos los medios para hacer que nos comprenda.» Sir Humphry Davy ha dicho además: «La razón es con frecuencia un peso muerto en la vida, que destruye el sentimiento y que sustituye los principios con sólo el cálculo y la circunspección.»

Pero el campo del deber más amplio se halla fuera de la línea de la literatura y de los libros. Los hombres son seres sociales más aún que criaturas intelectuales. La parte mejor del

(1) Goethe, por A. Hayward, Q. C.



progreso humano derivase del contacto social, de ahí la urbanidad, el respeto de sí mismo, la tolerancia mutua y la abnegación por el bien de los demás. El conocimiento de los hombres es más vasto que la literatura. La vida es un libro que dura tiempo de la vida de uno mismo, pero se requiere discreción para comprender sus difíciles páginas.

«En nuestros días—dice lady Verney—, existe un enlace indisoluble entre las ideas de adelanto y mejoramiento, la lectura y la escritura. Ahora solamente el ignorante y el estúpido son los que no pueden hacer las dos. Pero hace unos cincuenta años constituían excepción los libros, salvo en la educación más elevada, y hombres y mujeres muy inteligentes expresaban sus propios pensamientos con muy poca ayuda de algo más allá del Testamento. Aun en las clases altas no era la literatura cosa muy general entre las mujeres. «Mi abuela apenas podía deletrear cuando escribía, y no leía sino sus *libros de oraciones*—dijo una señora francesa muy competente para juzgar—, pero era mucho más digna y discreta de lo que ahora son las mujeres.»

En tiempos pasados se les ponía a los niños un deber como incentivo. Faltar a él equivalía a deshonorarse, y salir bien era tan sólo cumplir con su obligación. «Por lo que respecta al niño—dijo Hugo Miller—, de que habrá una elevación extraordinaria en el nivel general de la raza humana realizada por medio de la educación, es simplemente la alucinación de nuestro siglo, del actual expediente de la alquimia del mundo para transformar los ochavos en libras esterlinas, sin más que limpiarlos.»

Después de todo, la mejor escuela de la disciplina es el hogar doméstico. La vida de familia es el mismo método de Dios para educar a los jóvenes. Y el hogar es en una gran parte lo que las mujeres quieren que sea. «La esperanza de Francia—dijo el difunto obispo de Orleáns—, está en sus madres.» Lo mismo sucede con Inglaterra. Pero ¡ay! estamos perturbados por los clamores de las mujeres que protestan contra las condiciones mismas de su sexo, y hacen esfuerzos desatinados para despojarse de sus más amables rasgos característicos. Quieren poder el poder político, y, sin embargo, el mundo no es sino lo que le ha hecho su influencia en el hogar. Creen ellas en la fuerza de los votos, y quieren ser «manumitidas». ¿Pero creen en realidad que el mundo sería mejor de lo que es si tuvieran ellas el privilegio de dar un voto una vez cada tres o cinco años, a favor de un representante en el Parlamento? San Pablo otorgó la palma a las mujeres que permanecían en sus casas trabajando porque reconocía que el hogar es el cristal de la sociedad, y que

el amor doméstico y el deber constituyen la mejor seguridad para todo aquello que nos es más querido sobre la tierra.

Un escritor contemporáneo, después de describir las cualidades que deben caracterizar la naturaleza de la mujer, añade: «Casi debiera temer uno, al ver cómo las mujeres de hoy en día se agitan fácilmente tras alguna nueva moda de credo o de labores, que el Cielo no está tan cerca de ellas como lo estaba de sus madres y sus abuelas: que el poder de la religión se ha debilitado para ellas; que sus corazones están vacíos de toda confianza segura y fe elevada, en la beneficencia de las disposiciones de Dios.» El autor de estas frases es una señora.

Antes de la reciente guerra franco-prusiana, fué encargado el barón de Stoffel para que informara sobre el estado de la opinión y la moral en Prusia, en comparación del de Francia, y, entre otras observaciones, dice: «La disciplina en el ejército depende de la disciplina de la sociedad y las familias particulares. Los jóvenes en Prusia son educados en la obediencia en general, en el respeto de la autoridad, y, especialmente, inducidos a cumplir con su deber. ¿Pero cómo puede existir esta disciplina en el ejército francés, cuando no existe en la familia francesa? Por otra parte, mirad más allá del círculo de la familia, en los liceos, las escuelas, los colegios, etc. ¿Se ha hecho algo para desarrollar entre los niños el respeto hacia sus padres, el acatamiento del deber, la obediencia a la autoridad y a la ley, y, sobre todo, la creencia en Dios? ¡Nada, o poco menos que nada! El efecto es que cada año introducimos en el ejército un contingente de jóvenes que en su mayor parte carecen completamente de principios religiosos y de sana moralidad, y que desde su infancia se han acostumbrado a no obedecer a nadie, a discutirlo todo, y a no respetar nada. Y, sin embargo, hay personas que pretenden que en el acto y apenas llegan ellos al ejército, podemos habituar a la disciplina a estos jóvenes indisciplinados y sin principios. Estas personas no sospechan que la disciplina en el ejército no es otra cosa sino la disciplina en la vida privada, esto es, el sentimiento del deber, la obediencia a los superiores, el respeto de los principios de autoridad, y las instituciones establecidas... La disciplina artificial, una vez fundada, podrá durar algún tiempo bajo la presión de las circunstancias; pero estad seguros de que se desvanecerá en aire tenue en el instante que se la ponga a prueba.» Casi huelga decir que el barón Stoffel fué en estas palabras un verdadero profeta.

¿Podrá ser que nosotros estemos pasando por la misma operación de Inglaterra? ¿Que la marea siempre creciente de la democracia esté dando en tierra con los mejores frutos de la dis-

ciplina doméstica y del carácter moral? Somos un pueblo lleno de vanagloria. Nos jactamos de nuestra riqueza, de nuestro poder, de nuestros recursos, de nuestra fuerza naval y militar y de nuestra superioridad comercial. No obstante, todo esto puede desaparecer de nosotros en pocos años, y podemos convertirnos como Holanda, en un pueblo rico y relativamente sin poder. La nación se funda sobre los individuos que la componen; y jamás podrá distinguirse una nación por moralidad, deber, consagración a las reglas del honor y de la justicia, cuando sus ciudadanos, individual y colectivamente, no posean cualidades idénticas.

Lord Derby observó en uno de sus últimos discursos que «Un cumplido caballero me dijo hace pocos días que creía que Inglaterra había declinado constantemente en aquellas cualidades que sostienen la fuerza y el poder del carácter nacional, desde el día de Waterloo; y aunque no lo dijo con palabras, deduje de sus modales y su tono, que creía que era demasiado tarde para que tuviera remedio; que el diluvio venía, y que eran felices aquellos que ya casi habían vivido su tiempo, y que no sobrevivirían para presenciar la catástrofe. Por supuesto, es posible que esa catástrofe pueda venir, y, dadas ciertas condiciones, es evidente que *vendrá*.»

Esta es una seria advertencia. ¿Ha de venir en realidad el diluvio, como en Francia hace unos cien años? El difunto Norman Macleod, dijo: «La confusión que existe en este momento que empezó poco después de la guerra de 1815, y que está tan llena de acontecimientos como la Reforma, es la más opresiva. Por una parte, hay un trastorno de las antiguas formas del pensamiento, sobre todo en lo social, político, científico, filosófico y teológico. No obstante la mucha presunción necia y el sentimiento del poder por parte de aquellos que guían los arietes contra las viejas murallas, existe por parte de muchos más, un gran sentimiento de importancia superior de verdad y deber, que si es justamente considerado, no expresaría sino fe en Dios, quien siempre está del lado de la verdad. En lo que se refiere a Escocia, la Iglesia de lo futuro no está aquí. ¡Ignoramos grandes cuestiones del mundo! ¡Disputamos como mujeres, como simples verduleras!»

¿Qué espectáculo puede ser más triste que contemplar a hombres, y hasta mujeres, que pasan sus vidas teorizando y charlando sobre los grandes principios en que sus antecesores creían realmente, y que creyendo en ellos legaron a su generación los dones de la fe, de la bondad y del cumplimiento del deber? Hay dos pensamientos que, una vez admitidos en el espíritu, transforman todo el curso de nuestra vida, la creencia

de que este mundo no es sino el vestíbulo de un infinito estado de ser, y el pensamiento de Aquel en quien el hombre vive aquí, o debe vivir en lo venidero. Cada uno de nosotros tiene poder de elección para seguir el bien o el mal. ¿Quién podrá decir cuál será más poderoso? Depende de nosotros mismos, de nuestra despertada conciencia y voluntad ilustrada. Tal vez se tenga que combatir contra las calamidades y sinsabores al llenar nuestros diversos deberes. Pero éstos tienen que ser cumplidos, y cumplidos alegremente, porque es la voluntad de Dios. Las buenas acciones nos fortalecen e inspiran buenas acciones a los demás; son como tesoros guardados para la necesidad del que las ha hecho. Fortalezcamos, pues, nuestro espíritu, y vigoricemos nuestra alma, preparemos nuestro corazón para lo futuro. La carrera ha de durar lo que dure la vida.